



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Eva Escudero Fraile.

Autora representada por Exit Agencia Literaria

© De las ilustraciones: 2025, Amelia Navarro

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-566-9

Depósito legal: M-22833-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nadie al volante

Eva Escudero Fraile

Ilustraciones de Amelia Navarro

loqueleg

Para Javi, Helena y mis padres.

Nadie al volante

Me meto en líos. Todo el rato me meto en muchos líos. Podría estar contándote durante horas todos los líos en los que me he metido en las últimas semanas y que me han llevado a estar castigada casi todo el final del primer trimestre de quinto.

Cada vez son más gordos, auténticos marro- nes con los que no te escapas de un castigo ni de broma. Un castigo de esos que duran hasta que te salgan granos o den las uvas de Nochevieja mientras te pudres en tu habitación esperando a que tus padres te perdonen algún día. Eso sí, al menos, mi habitación es gigante, porque vivimos en un chalé de tres plantas con mi abuela Isabel y soy hija única.

Pero no me quiero enrollar ahora con eso porque me gustaría contarte cómo empezó todo, aunque, claro, te puedes imaginar..., ¿no? Fue por uno de esos jaleos en los que me metí yo solita. Bueno, con la ayuda de Vega, mi amiga, pero provocado, en el fondo, para tratar de arreglar lo que le pasaba a ella. Sé que pensarás que esto suena a excusa barata, pero no, de verdad que no.

Fíjate si quiero a mi amiga que, como te he dicho, todo se desencadenó para que no se marchase del barrio. Sí, por eso empezó todo. Hasta entonces la mayoría de las pifias y líos me salían solos, espontáneos, naturales, sin pensarlo. Vamos, que llevo la travesura en los genes, no lo puedo controlar. Mi madre siempre dice algo así como «nadie al volante» porque cree que mi padre, mi abuela y yo no tenemos a nadie dirigiendo en la cabeza, que el *jefe* (que es el cerebro) está sin mandos... Ella siempre comenta que lo he heredado de mi padre y de mi abuela, que somos los tres iguales, ¡que

no se nos ocurre nada bueno! Sobre todo a mí, dice. Debo tener eso de la travesura incrustado en grado extremo. No hay remedio para lo mío, ya te lo digo yo.

A mí, eso de que mi madre estuviese tratando de sacarse el carné de conducir a sus cuarenta y cinco años sin conseguirlo me parecía que la definía mejor a ella que a nosotros, lo de «nadie al volante», digo. Aunque cualquiera le lleva la contraria a Maribel Segura, cabezota como ella sola. Yo seré problemática, pero ella es terca como una mula.

Bien, pues como te decía, todo empezó con buena intención, eso te lo juro yo por la *smart TV*. ¿Qué harías tú si de repente te enterases de que tu mejor amiga se muda para siempre? No teníamos elección. El abuelo de Vega, Eduardo Brillante, no paraba: dale que te dale con eso de que si pasaban cosas raras en la casa. Y, de tanto repetirlo una y otra vez, convenció a su hijo, a Pedro Brillante, el padre de Vega, que ya estaba harto. No quería ni oírle. Así empezó todo.

10 Me llamo Rosana Valiente Segura y tengo diez años. Como te he dicho antes, vivo con mis padres y mi abuela paterna en un amplio chalé de la calle Aguacate número seis, en el barrio de Centenillo de Arriba, un condominio de casas residenciales. Mi mejor amiga de clase es Vega Brillante Rosas. Tenía la suerte de que vivía justo enfrente, en el número nueve. Íbamos juntas al Colegio Maruja Mallo, a la clase de quinto A, al menos, así había sido hasta que saltó la liebre aquel día, aquel fatídico día.

Te voy a contar la historia. ¡Ah!, y te aviso, habrá palabrotas y cosas poco adecuadas. Pero, como dice mi abuela: «Quien avisa no es traidor», traidora en este caso.

A la séptima no va la vencida

La cuestión es que todo se desató un sábado por la mañana en el que mi madre suspendió por séptima vez el examen práctico de conducir. Tenía la oportunidad de conseguir un contrato fijo como repartidora en el supermercado, pero, claro, para eso necesitaba el carné. Ya casi llevaba un año intentándolo. Le quedaban otras dos oportunidades más antes de que le caducase el examen teórico. En mi casa no se hablaba de otra cosa en los últimos meses. ¡Una pesadilla!

Su profesora en esto de la conducción, Sonia Rosas, era ni más ni menos que la madre de mi amiga Vega. Estaba desesperada la pobre mujer, no había tenido una alumna tan negada

en su vida. En la Autoescuela Los Ángeles, un centro de prestigio en el barrio, llevaban muchos años sin encontrarse con un caso perdido como el de mi madre. Sonia no tiró la toalla yo creo que más por cariño que por otra cosa. Cualquier persona medianamente normal la habría mandado ya a paseo. ¡Menuda paciencia tenía la madre de mi amiga! Era buena gente la familia Brillante Rosas, eso lo he tenido yo siempre superclaro. Por eso no quería que se fuesen.

Aquel sábado en el que mamá suspendió por séptima vez, mi abuela, papá y yo estábamos preparando la comida. Bueno, mejor dicho, mi padre y mi abuela preparaban un cocido completo (de esos que les lleva toda la mañana). Yo estaba en mi habitación castigada por lo que le hice a Pablo González en el recreo hacía tres días. Luego te contaré qué fue lo que le hice, que si no me despisto.

El olor a jamón y a tocino de la sopa entraba por la rendija de la puerta de mi habitación.

Aquel aroma lo llenaba todo y era el único ali-
ciente que tenía yo aquella aburrida mañana.
Esperaba ansiosa a que me llamasen para co-
mer, me rugía el tigre como nunca y no veía el
momento de sentarme a la mesa y saborear la
rica sopa de mi abuela y mi padre. De repente,
un portazo seco desde el acceso principal sonó
como un petardazo. Me asomé por la ventana
y vi desde arriba el coche de la Autoescuela Los
Ángeles aparcado. Escuché entonces a mi ma-
dre y a Sonia llegar del examen, con la misma
agitación de las últimas seis veces:

13

—¿¿Qué pasó, Maribel?? —quiso saber mi
padre, muy nervioso.

Mi madre se sentó en el sofá del salón y co-
menzó a gimotear como una niña pequeña. Las
gafas se le estaban empañando. Cuando yo ba-
jaba por las escaleras para saber qué había pa-
sado, vi cómo Sonia le echaba el brazo por en-
cima a mi madre, sentada a su lado. Se olía la
sopa, y la catástrofe, también. Sonia trataba de
consolarla. Todos continuaron como si yo no



existiese. Mi abuela se había acercado, aunque solo miraba la escena, sin abrir la boca.

—Pues qué va a pasar, Antonio... ¡Que he vuelto a suspender!

—¿Otra vez? ¡Noooo! ¿Por qué ha sido hoy?

—¡Díselo tú, Sonia! ¿A que no lo he hecho tan mal?

—A ver..., hoy no has puesto en peligro la vida de nadie, pero porque no había ningún coche detrás, Maribel. Porque si llega a haberlo...

—Pero, bueno, ¿es que a vosotros no se os va un poco el coche para atrás cuando estáis en cuesta? ¡Que me he mantenido sin el freno de mano! ¡Que eso no es fácil!

—Mujer, ¡que he tenido que pisarlo de golpe y porrazo! ¡Que se nos iba el coche para atrás! Que el examinador se ha santiguado y todo...

—¡Dos oportunidades me quedan, Antonio! ¡Dos! ¡Una y dos! Si no me lo saco a la novena, ¡abandono! Sigo de moza de almacén y, si no me renuevan, pues... ¡santas pascuas! Ya nos apañaremos, ¡que de hambre no vamos a morirnos!

—Bueno, paciencia, Maribel... Podemos hacer clases para controlar el coche en las cuestas, y cuando te veas más segura volvemos a intentarlo —trataba de calmarla la madre de Vega.

—¿Segura? Eso solo lo llevo en el apellido, Sonia. ¡Menuda gracia lo de estar segura! ¡Ja!

16

Mi abuela se acercó a mi madre y, como si el cocido fuese la poción mágica que todo lo arregla en casa (porque a veces lo es), soltó:

—Maribel, una sopita caliente con garbanzos, una buena siesta y ya verás como por la tarde lo ves de otra manera. ¡Ya aprobarás, mujer, ya aprobarás!

—¡Ay, Isabel! ¡Si huele que alimenta! Pero no tengo apetito. Esto del carné está acabando conmigo.

Sonia cogió el abrigo para marcharse, pero antes se dirigió a mi padre, que se dedicaba a vender casas en la agencia inmobiliaria Inmohouse, otro de los negocios por excelencia en Centenillo de Arriba. Ya ves que no nos faltaba de nada.

—Antonio, ¿a qué hora venía la visita hoy?

—A las cinco. Esta familia cumple con todos los requisitos, Sonia. ¡Ojo! ¿Vale?

—Vale, voy a decírselo a Vega, que tiene todo manga por hombro, para variar...

—¿Una visita para qué, papá?

—¿No te lo ha dicho Vega?

—¿Decirme el qué? —Y levanté los hombros, extrañada.

17

—Venden la casa, se van de Centenillo. ¡Una pena!

Y, así, aquella fatídica mañana en la que mi madre suspendía por séptima vez el examen de conducir, descubrí que mi amiga Vega tenía los días contados en Centenillo. ¡Menuda tragedia la que se me venía encima!